

sión armónica. Se acabaría la música de tal ó cuál compositor y no quedaría sino la *música universal*, ó sea la *sinfonía perpetua*, conforme la llama el autor. Y de esta suerte M. Josset logra presentar una colección de algunos centenares de redondas ensartadas en un eje diciendo: tocad esas redondas en un orden cualquiera, con algunas notas de paso, y tendréis una composición armónica. Y si así se hace, se encuentra que el autor, en ese terreno mecánico, tiene razón.

F. J. VERGARA Y VELASCO

FRAGMENTOS DE DIALOGOS

QUE SE OIRÁN EN BOGOTÁ EN EL AÑO DE 1999

I

—¿Pero de dónde han podido salir esos anteojos? ¿Dónde dices que los encontraste?

—Pues cuando estaba rociando las matas en el jardín, los vi enredados en un geranio.

—Pero si aquí nadie usa anteojos.

—¡Si parece cosa de brujería!

—¡Ah! Ya caigo. La cosa ha sido que se le han caído á alguno al pasar en globo por encima del jardín.

—Por supuesto, por supuesto.

—Y que el miércoles vimos pasar uno.

—¿Cómo era?

—Era chiquito y listado de blanco y azul.

—¿Si sería el de D. Flamarión Rodríguez?

—¡Ajá! Y D. Flamarión sí usa anteojos.

—Pues hay que mandar á ver si éstos son los suyos.

II

—Unas señoritas, amigas mías, me han indicado que venga, porque me dicen que la señora busca una..... una señorita de compañía.

—Sí, una..... una muchacha.

—¿Y usted qué sabe hacer?

—Yo he sido aplanchadora y de adentro.

—¿Y usted por qué ha salido de la casa en que estaba?

—Porque era la del Sr. Coletis, y como todos los de la familia hablaban en griego, y yo no les entendía, se ponían bravísimos.

—¿Y cuánto gana?

—En todas partes me han pagado tres mil pesos.

—¡Caramba!

—Es que ya ve la señora lo caro que está todo. Eso sí: una condición sí le pongo á la señora.

—¡Condición! ¿y cuál?

—Que si la familia sale en globo, no me lleven, porque me da mucho miedo, y creo que me he de desvanecer.

III

—Pero hombre, si te necesito precisamente hoy á las doce, para que me firmes la escritura.

—No tengas cuidado. No voy más que á darle un vistazo á mi cacaotal y á dejarle este dinero al mayordomo para que pague peones. A las diez y media estoy de vuelta.

IV

—¿Me haces el favor de prestarme tu globo? No es más que para ir en un momento allí á Vélez.

—Con mucho gusto. Voy á darte una ordencita para que te lo entreguen.

—¿En qué globera lo tienes?

—En la de *El Condor*.

—¿Dónde es eso?

—¿No la conoces? Es ahí donde dicen que era no sé qué hospital.

—Pues el de San Juan de Dios. Conozco mucho esa globera. Haces malísimamente en tener ahí tu globo.

—¿Por qué?

—Es la peor de todas: no cuidan los globos ni untan la máquina.

V

—¿Qué dice ese aviso? Vé si tú puedes leerlo. Para mí está muy alto.

—A ver: "Nueva Empresa de globos. En la carrera 30, número 1,015. Globos de todas clases para pasajeros y para carga. Línea del Norte, todos los días á las 10 a. m. y á las 4 p. m. Líneas de Occidente y Sur, los lunes y los viernes á las 7 a. m. y á las 2 p. m. Línea de Oriente, los domingos y los jueves á las 10 p. m. y á las 10 a. m. Ni en los globos de carga ni en ninguno, se admiten explosivos ni bebedores.

Se alquilan globos á los particulares.

Precios módicos, puntualidad y esmero."

—¡Ajá! Esa empresa será como la de Jesús Smith. Globos viejos con amarradijos y remiendos, y todo bien caro.

—¡Ah, y qué globeros! Malcriados, borrachos y torpes. Un día que monté con Aspasia en un globo de esos, el globero nos iba haciendo estrellar contra el campanario de Monserrate.

VI

—Conque mañana hay una velación muy solemne en la iglesia del Sagrado Corazón.

—¿Y por qué será?

—Por el pobre de D. Kuroki María Roncancio, que el domingo salió á pasear en globo con sus niñitos y no ha vuelto á aparecer.

—¡Ay! ¡No me lo diga! ¡Qué cosa tan horrorosa! ¿Y cómo habrá sido eso?

—Pues quién sabe. La policía ha salido por todos lados y no ha encontrado nada.

—Pero es que esos globos de la policía no sirven. Los agentes habrán andado dos ó tres días, se han aburrido y vuelto á bajar, cansados de bregar con esas máquinas tan malas.

VII

—Mi señora, á los pies de usted, ¿Cómo están por allá?

—La pobre de Manuelita, con esa su hemorragia por las narices.

—¡Cuánto lo siento! ¿Y qué habrá sido eso?

—¡Pues qué ha de ser! Lisiada, lisiada que se quedó desde aquel paseo de mis pecados. El globero dejó subir tanto el globo, que todos empezamos á echar sangre por dondequiera. Los demás nos repusimos, pero la pobre de Manuelita ha sido la que ha pagado el pato.

VIII

—Señorita, ¿qué le han parecido las uvas?

—La cosa más exquisita. Yo no había comido sino pasas y uvas de esas tan ácidas y tan feas que traían de tierra caliente. ¡Qué diferentes éstas que han venido fresquitas de España!

IX

—A ver, mi señora, ¿cómo se siente hoy?

—Buenos días, señor doctor. Aquí con mi fatiga y mis palpitaciones.

—Pero, mi señora, si le tengo dicho que mientras no deje esos paseos en globo, usted seguirá empeorando. Allá arriba el aire está muy enrarecido, y el corazón funciona con mucho trabajo.

—Si es que á Bosco le gusta tanto pasear en globo y le hace tanto provecho para sus pulmones; y por no dejarlo ir solo.....

X

—¿Qué se habrá hecho Matías? Hace ya cosa de un año que no lo veo.

—Si ese ya poco baja. La última vez que lo vi me dijo que apenas se desmontaba del globo, le volvía la tos y el esputo de sangre.

—¡Pero cómo se aburrirá con esa vida!

—Nó. Anda siempre con su buen antejo, con su violín y con su aparato fotográfico, se provee de libros; á veces se procura la compañía de algún amigo, y lleva muy buen cocinero. ¡Yo me cambiara por él!

XI

—A usted se le presenta ahora ocasión de hacer un buen negocio.

—¿Cuál?

—El Gobierno va á sacar á remate unos pedazos del camino del Norte, que están ya bien empradizados, y como varios de ellos lindan con terrenos de usted.....

XII

—Usted, Peñuela, á ver si hoy tampoco sabe la lección. ¿Cuáles eran las demás rentas públicas en Colombia?

—En Colombia..... en Colombia..... las demás rentas rentas..... en Colombia..... las demás rentas.....

—¡Vaya! corrija, Mondragón.

—En Colombia se cobraba un impuesto sobre las mercancías que venían de países extranjeros; es decir, había derechos de Aduana.

—¿Y esa renta con cuál ha sido reemplazada?

—Todavía no hemos llegado al capítulo del texto que trata de eso.

XIII

—Aguárdate, que tengo que hablar contigo

—Nó. Estoy de jurado, y ya estarán buscándome, porque se ha pasado la hora.

—¿Y cuál es el asunto?

—Hombre, lo más desagradable. Un papanatas de Ibagué fue y le hizo un tiro de escopeta á un globo que vio pasar.

—¿Y causó alguna desgracia?

—Nó; pero siempre habrá que condenarlo, porque los términos del artículo 1113 del Código de Navegación aérea, no dejan escapatoria.

—¿Por ese mismo delito fue por el que condenaron hace poco á aquel muchacho Licurgo?

—Nó. Ese caso era muy diferente: fue que él se puso á disparar hacia abajo, yendo en globo.

XIV

—¿Te acuerdas de las Heredías?

—¿Aquellas que vivían en la plaza de Paiba, junto al teatrico?

—Las mismas. Qué te parece. Ya han echado globo.

—Ya: si el padre es uno de los del contrato con el Gobierno.

—¿Qué contrato?

—Pues ese de que se ha hablado tanto. El Gobierno le ha cedido el uso de todos sus globos, y él se ha comprometido á poner á su disposición uno cada vez que se necesite.

—Sí, sí. El otro día leí algo sobre eso.

XV

—¿Por fin se va usted mañana?

—Debería irme, porque me urge mucho arreglar mis asuntos con un sujeto de Valparaíso, pero la red de mi globo ha resultado con muchas mallas rotas.

—Sería la red de cáñamo ó de seda, y esas no valen nada. No hay ningunas como las de plata. Pero es que da un poco de miedo usar de esa red metálica por esto de las tempestades.

—¿Qué tempestades! Si el alambre que trae Wilson es alambre aislado y sale tan barata una red de ese alambre como una de caña ó de seda.

XVI

—¿Usted tiene disponibles tres ó cuatro días?

—Sí. ¿Para qué?

—Es para que me acompañe en un viajecito. Mañana estamos á 30 de Octubre, y se me ha antojado emprender una excursión para salir de la curiosidad que he tenido siempre de saber de dónde viene la langosta que pasa por aquí, en dirección al Oeste, el primero ó el dos de Noviembre.

—¡ Hum! Quién sabe si tendríamos que ir hasta la Guayana, ó quién sabe hasta dónde diablos.

—¿ Qué importa? De todas maneras estaremos de vuelta el día dos, ó á todo turbio correr, el tres por la tarde.

XVII

—¿ Usted por aquí todavía?

—Sí: se me fue el globo.

—Eso sería que el globo levantó el techo de la globera, como sucedió el otro día con el de D. Joaquín Straford.

—Nada. Fue que le mandé al chino que lo metiera á la globera, y él se puso á jugar y no lo metió pronto. Además, dejó cerrada la chapota. La fortuna fue que dentro no hubiera ninguna persona.

—¿ Y usted ha hecho diligencias para?...

—Infinitas. A usted le encargo que avise por ahí que ofrezco una buena gratificación al que lo encuentre y me lo baje. Es el número 548. Fajas horizontales negras y blancas, en una de ellas, con grandes letras doradas, lleva su nombre: JULIO VERNE.

XVIII

—¡ Hoy sí que me siento malo!

—Esas sus novedades con lo que se curan es con unos baños en el Meta. Yo estaba como usted, y con unos ocho baños en ese río, quedé sano como una manzana. Justamente ahora estaba yo con gana de ir á darme uno. Vaya avise en su casa que no volverá sino á la hora de comer, y nos embarcamos en el globo.

XIX

—Hombre, ¿qué haces ahí? Desde anteayer te estoy viendo clavado como un poste en esa puerta.

—Pues es que estoy haciéndole centinela á Edison Pacheco, que ha debido entregarme aquellos doce mil pesos desde hoy hace ocho días, y anda sacándome el cuerpo.

—¿ Sí? Pues bien puedes aguardarlo ahí hasta el fin de los siglos.

—Pero si me consta que no ha salido.

—No ha salido por la puerta; pero es seguro que se ha marchado en su globo.

—¡ Qué globo había de tener ese tunante! Si tenía alguno, ¿ en qué globera lo tenía?

—Lo había comprado al fiado; es un globito viejo y muy dañado que le había medio compuesto un chapucero. Lo tenía en una pieza de este hotel.

—¡ Pues me he lucido!

XX

—Hazme el favor de decirme si tienes noticia de alguna casa nueva desocupada, y de ayudarme á conseguirla. En cualquier parte de la ciudad y por cualquier precio.

—¿ Y por qué quieres mudarte? Tu casa es de las mejores.

—Mi casa y todas las casas á la antigua con patios y corrales son abominables. Necesito pasarme á una casa de construcción moderna.

—Pues es mucha lástima que dejes la tuya.

—Muy acomodados estábamos en ella; pero figúrate si podremos seguir ocupándola: hace dos ó tres meses unos ladrones se bajaron en globo al patio interior; se robaron toda la ropa que estaba tendida y la paila de plata en que Federica hacía sus dulces. Otra noche un mequetrefe que pretendía á María Ligia se nos metió en un globo sin que lo sintiéramos, y estuvo de charla con la muchacha. Por último, á la una de esta madrugada, sentimos de

golpe gente que tocaba y cantaba en los corredores; me levanté á ver qué era: eran unos vagamundos borrachos que pretendían que nos levantáramos y nos pusiéramos á hacer francachela con ellos.

—Pues tienes mucha razón en querer mudarte. Yo también supe que unos bribones habían bajado en globo á aquel cementerio viejo de abajo de San Diego y habían violado unas sepulturas, probablemente para buscar dentaduras en cajas de oro.

—Si con esta invención de los globos, ya ni los muertos están seguros. Conque vé si me ayudas á buscar casa.

—Ahora recuerdo que ayer vi una casa nueva desocupada por allá en la calle 68. Si quieres te llevo á verla.

—Por supuesto; pero de aquí á la calle 68 hay buen trecho.

—No tengas cuidado: tomamos un globo aquí en la globera del chato Petronio.

XXI

—¡Qué catástrofe! ¿Y cuántas personas perecerían?

—Ninguna: en el globo no había otra que el conductor, y ese, cuando empezó el globo á incendiarse, se echó en el paracaídas y bajó sin novedad.

—¿Y cómo se ha explicado el suceso?

—Pues el conductor da unas explicaciones que no satisfacen á los inteligentes en la aeronáutica; pero malas lenguas dicen que el globo estaba asegurado por más de lo que valía, y que el conductor había recibido orden del dueño del globo para hacerlo perder.

—Ah, eso no es nada inverosímil.

XXII

—¿Papá, de veras se podrá ver una tempestad por encima, como vieron una esos hombres de que habla la novela? ¡Qué rico sería verla!

—Pues hijita, nada es más fácil. Ten cuidado de ver qué día hace tempestad por alguna parte. Apenas me avi-

ses, montamos en el globo y subimos hasta donde sea necesario para ver la tempestad desde arriba.

XXIII

—¿Conque no sabes la noticia?

—¿Qué noticia? Yo no he hablado hoy con nadie.

—Pues hombre, que D. José Seleuco Pinzón acaba de morir.

—¡Válgame Dios! ¿Y dónde?

—Pues por allá en los aires, en su globo. Allá sucumbió á su terrible enfermedad.

—¿Y cómo se ha sabido? ¿Ya bajó el globo?

—Nó. Parece que está muy lejos. Han comunicado la noticia telegráficamente.

—¡Qué caso tan nuevo!

—¡Morir un hombre á bordo de un globo!

—Y si ya la familia había llamado, como lo pensaba, por el teléfono, al famoso especialista de Varsovia, Dr. Rittinski, va á tener que pagar unos honorarios muy regularcitos.

XXIV

—¿Qué tal, mi amigo? ¿Cómo va ese negocio de los globos?

—¡Ah! Pésimamente. Así me pesen mis pecados como el haberme metido en él.

—¡Cómo! ¿No se gana nada?

—¡Qué ha de ganarse! En composiciones de los globos y de los aparatos, se va lo que se coge, y á veces más. Por otra parte, los conductores se han puesto muy trabajosos y exigentísimos, y siempre lo están amenazando á uno con que se pasan á servirle á alguno de los competidores.

—Pero usted debe tener la satisfacción de estar haciendo al público un bien muy grande. Todos ponderan lo bueno del servicio de sus globos.

—¡Nada! Yo no oigo sino quejas y maldiciones, ni los empleados oyen otra cosa :

—¡Qué frío estoy sintiendo !

—¡Si estos condenados globos de la Mongolferiana no están buenos sino para hacer con ellos una hoguera !

—¡ Puf! ¡ Qué calor !

—¡ Malditos globos los de esta empresa !

—¡ Qué tos !

—¡ El diablo se lleve estos globos y á sus dueños !.....

—¡ Qué andar de tortuga ! Más valdría andar por el suelo en carro de bueyes.....

—¡ Qué rapidez ! ¡ Este pícaro conductor quiere hacernos desvanecer, y tal vez precipitarnos !

—Si el globo tiene una manchita :

—¡ Miren esto ! Parece que en esta empresa tienen los globos en el chiquero de los marranos.

—El día menos pensado dejo esta empresa y me meto á maestro de escuela ó á cualquier cosa.

XXV

—¿ Ya sabes? Las regatas serán en Julio.

—Sí: ya me lo había dicho uno de los de la Junta.

—¿ Y piensas inscribir tu globo ?

—¿ Cómo no? Está en las mejores condiciones para ganar el premio ofrecido por el *Aero-club*.

—¡ Cuidado ! Mira que están diciendo que Juan de D. Roland, que acaba de llegar de Malbourne, aprendió allá á aplicar el sistema nuevo con el cual la velocidad de los globos se aumenta inmensamente ; y si á Roland se le antoja.....

—¡ Historias, historias ! Siempre han de estarnos descrestando con descubrimientos y con reformas y con embelecos. Ya verás, ya verás cómo se porta mi globo. Puedes apostar á favor de él la suma que quieras.

XXVI

—¿ Qué globo será aquel que va á bajar? Nunca lo había visto ; y me parece de los más hermosos.

—A ver..... ¿ Qué pabellón trae?

—Blanco con marco verde y no sé qué figura en el centro.

—¡ Ah ! Pues entonces es el globo ó correo de Persia. Y ahora me acuerdo de que debe venirme correspondencia y una encomienda. Voy á la Administración. Hasta luégo.

XXVII

—Papá, las vueltas que me dieron en la botica no me las han querido recibir en los almacenes de juguetes, ni en los puestos de frutas, ni en ninguna parte.

—A ver, ¿ qué monedas te dieron en la botica?

—Estas.

—Con razón no te las reciben. Te dejaste meter peniques.

—¿ Y esos son falsos?

—Como si lo fueran. Nadie debe dar ni recibir otra moneda que la internacional. Lo que hay es que los ingleses se han encaprichado en hacer circular todavía su moneda, mientras que no hay otro país que el suyo en que no se use exclusivamente de la internacional ó universal.

XXVIII

—¡ Niñas, niñas ! Vengan á asomarse, pero volando. Van á pasar unos tipos de lo más raro y de lo más feo.

—¡ Ay, de veras ! ¡ Qué cosa tan horrorosa !

—¿ Y quiénes serán esos monstruos?

—Dicen que son samoyedos ; unos de por allá del Norte de Rusia. A esos también les ha dado por viajar.

—Y es una familia enterita. Esos más feos y más chiquitos que van adelante, deben ser el padre y la madre ; los otros como que son los *jóvenes* y las *señoritas*.

XXIX

—¿ Y dónde fue el baile?

—Pues en la casa de D. Ibrahim.

—Ah, entonces no había más que egipcios, y quién sabe si hasta árabes y hasta etíopes.....

—Nó, nó. Nada de eso. Había muchísimas familias bogotanas: las Gallisot, las Huard, las Fayad, las Vichara, las Adaime, las Kalbreyer, las Andrioli, las Nadar, las Krakow, las Gast.... muchas, muchas. Familias extranjeras, pocas: no me acuerdo sino de una sueca, otra bávara y dos ó tres argentinas.

—¿Estaban las Rotteck?

—Sí. Y Olguita era la más linda de todas las muchachas que había.

—¿Y la mejor vestida?

—Tal vez nó: Adda Schweighæuser, fue la que llamó más la atención por su traje.

XXX

—Venga otro abrazo. ¡ Hombre, dos meses sin vernos! Este tu viaje ha sido como los que hacían nuestros abuelos.

—Pues mi ausencia debía no ser sino de 15 ó 20 días; pero una vez en Roma, no pude resistir á la tentación de tomar parte en una de las expediciones formada para recorrer todos los sitios que tienen celebridad histórica.

—¡ Hombre, qué cosa tan hermosa!

—Pues sí, señor, emprendimos la expedición y nos llenamos la cabeza de campos de batalla, de ruinas, de plazas, de templos, de palacios, de fortalezas, de coliseos y de quién sabe cuántas cosas más. Figúrate, sirviéndonos de Bedeker la Historia Universal. Por fin nos sentimos trastornados, nos aburrimos, y yo me vine de la China derecho para Colombia.

—¿Y qué es lo que más te ha llamado la atención?

—No sé; pero sí te hablaré de una de mis observaciones más recientes. Al pasar por encima del Istmo de Panamá, vi señales de una excavación, de una especie de zanja ancha que parecía haber sido comenzada y luégo abandonada.

Discurrí que eso debía ser el Canal de Panamá de que, á fines del siglo pasado y principios de éste, se habló tanto, y costó á Colombia tantas camorras y la puso en las magnas complicaciones y dificultades. ¡ Ah, si entonces se hubiera previsto lo que estaba á punto de suceder!

XXXI

—¿ Has leído la noticia del gran descubrimiento que se está haciendo?

—Nó. ¿ De qué descubrimiento se trata?

—Pues nada menos que del que viene á ser el triunfo casi completo del hombre sobre el espacio ó la distancia.

—A ver, ¿ y cómo es eso?

—Pues quieres tú, v. gr., trasladarte á París, y para hacerlo casi no tienes que moverte. Lo que se moverá será el camino. Subes con tu provisión de aire respirable, hasta donde tu globo no esté sometido á la atracción de la tierra. Allí anclas y no tienes más que hacer que mirar con cuidado para saber cuándo va á pasar París por debajo del sitio en que estás; y unos pocos momentos antes de pasar París, te bajas y desembarcas en la plaza ó en el Boulevard que se te antoje.

—Pero no entiendo.....

—¡ Ah!, es que te olvidas del movimiento de rotación de la tierra.

JOSÉ MANUEL MARROQUÍN
Ex-Rector del Colegio

EL RADIUM

Y SUS PROPIEDADES MARAVILLOSAS

El descubrimiento de este cuerpo maravilloso, y de propiedades tan sorprendentes, ha causado una sensación profunda, no sólo en el mundo científico, sino también en la generalidad de las personas, que aunque no se ocupan de las ciencias, tienen curiosidad y avidez de conocer